

aijada, era una hermosa representación de la Agricultura, labrada en *terracotta*.

«Hijo mío—le dijo Nazarín,—no sé si las noticias que te traigo serán satisfactorias para ti. No te alegres antes de tiempo.»

José Antonio palideció.

«Hijo mío, si no fueras tan bruto, comprenderías que las noticias que te traigo son medianas, tirando á buenas.»

El rostro del gañán se enrojeció.

«La señora Condesa no quiere que te vayas de Pedralba. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero... ello es que no encontraba la manera de retenerte. Al fin, yo le he dado una formulilla ó receta para resolver el conflicto, y evitar las intrusiones probables de don Remigio, de Láinez y Amador. Se cambiará radicalmente el régimen de Pedralba. ¿Te vas enterando?

—No entiendo nada.

—Porque eres muy torpe. Nada, hijo, que he convencido á la señora Condesa... ¿te lo digo? de que debe rematar la gran obra de tu corrección, ¿te lo digo?... haciéndote tu esposo. ¿No lo crees?»

Urrea blandió la aijada, y tal movimiento le imprimió en la convulsión de su gozosa sorpresa, que Nazarín hubiera podido creer que le atravesaba de parte á parte.

«Calma, hijo, no hagas locuras. Las cosas van por donde deben ir. Da gracias á Dios por haber iluminado á tu prima. Al fin comprende que debe llevarse la corriente de la vida por su cauce natural. Su determinación resuelve de un modo naturalísimo todas las dificultades que en el gobierno de esta insula surgieron. Los señores de Pedralba no fundan nada; viven en su casa y hacen todo el bien que pueden. ¡Ya ves cuán fácil y sencillo! Para discurrir esto no se necesita la intervención del Espíritu Santo. Y sin embargo, la gran inteligencia de la señora Condesa de Halma, deslumbrada por sus propios resplandores, no veía esta verdad elemental. Dios ha querido que yo, un pobre clérigo vagabundo, predique el sentido común á los entendimientos atrevidos, á las almas demasiado ambiciosas.»

José Antonio dió un abrazo á Nazarín, y no pudo expresar su alegría sino con frases entrecortadas: «Yo también, yo también... vi claro... no podía decirlo... á mí propio no decírmelo... Temía disparate... ¡Y no lo era, Cristo, no lo era! La suma ciencia parece locura; la verdad de Dios... sinrazón de los hombres.

—Ahora, hijo mío, continúa en tu trabajito, como si nada hubiera pasado. Sigue arando, arando, que esto entretiene, y al propio tiempo que abres la tierra, das gracias á Dios por la

merced que acaba de hacerte. Este bien tan grande y hermoso no lo mereces tú.

—No lo merezco, no—dijo Urrea con emoción.—Mucho he padecido en este mundo. Pero aunque mis tormentos hubieran sido un millón de veces mayores, no está en la proporción de ellos esta inmensa alegría.

—Trabaja, hijo, trabaja. Y otra cosa te encargo. No vayas al castillo hasta la noche... porque supongo que te traerán aquí la comida.

—Así lo creo.

—No muestres impaciencia, no te descompongas, ni cuando veas á tu prima esta noche, á la hora de la cena, hagas figuras ni desplantes. Tú... calladito hasta que ella te hable. Y cuando se digne exponerte su pensamiento, tú le das las gracias en forma reposada y noble, prometiendo consagrarle tu vida y tu sér todo, y haciéndole ver que no te crees merecedor de la inaudita felicidad que te depara... Anda, hijo, á tus bueyes, y hasta la noche... Con ese surco escribes en la tierra tu gratitud. Ama la tierra, que á todos nos da sustento, y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿Á que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra guarda la sazón de las cosas, y nos la da... cuando debe dárnosla.»

IX

Lo que platicaron aquella noche, después de cenar, la gobernadora de la ínsula y el futuro señor de Pedralba, no consta en los papeles del archivo nazarista, de donde todos los materiales para componer la presente historia han sido escrupulosamente sacados. Sin duda, después de dar cuenta de la grave resolución matrimonial de la santa Condesa, no creyeron los cronistas del nazarismo que debían extenderse á mayores desarrollos historiales de tan considerable suceso, ó conceptuaron vacías de todo interés religioso y social las sentidas palabras con que aquellas dos personas hicieron confirmación solemne de su propósito matrimoñesco. Lo único que se encuentra pertinente al caso es la noticia de que José Antonio de Urrea se preparó aquella misma noche para partir á Madrid á la mañana siguiente. Y otro papel nazarista corrobora que, en efecto, partió á caballo al romper el día, y que Halma salió á despedirle, y á desearle un buen viaje, agregando algunas advertencias que se le habían olvidado en su coloquio de la noche anterior. Es un hecho incontrovertible, del cual darán fe, si preciso fuere, testigos presenciales, que ya montado en la jaca el presunto gobernador de la ínsula, y cuando estre-

chaba la mano de la Condesa, pronunció estas palabras: «No llevo más que un resquemor: que nuestro don Remigio, que de seguro tocará el cielo con las manos al ver que no le cae la breva de la Rectoría de Pedralba, ha de fastidiarnos con dilaciones, y quizás con entorpecimientos graves. No he cesado de cavilar sobre ello esta noche, y al fin, querida prima, lo que saco en limpio es que necesitamos comprar su voluntad.

—¡Comprarle...! ¡cómo...! ¿Qué quieres decir?

—Ya verás. No me vengo de Madrid sin traerme su nombramiento para una de las parroquias de allá. Es su sueño, su ambición, y si yo logro satisfacerla, el hombre es nuestro ahora y siempre. He pensado que nadie puede ayudarme en esta pretensión como Severiano Rodríguez, el cual es, ya lo sabes, íntimo amigo del Obispo. Y, como Severiano y tu hermano Feramor tuvieron una formidable agarrada en el Senado, y ahora están á matar, espero que me apoye con interés, con ardor de sectario. Basta para ello hacerle comprender que el parlamentario y economista inglés ha de ver con malos ojos lo que á nosotros nos agrada y favorece. Créelo, araré la tierra de allá, como he arado la de aquí, por ganarnos la benevolencia del curita de San Agustín, que es quien ha de echarnos las bendiciones. Déjame á mí, que ya

sabré arreglarlo,... mi palabra. Ya me río al pensar en el tumulto que ha de armarse cuando yo suelte la noticia. Será como echar una bomba; de aquí oirás el estallido, y te reirás, mientras allá me río yo, hasta que venga el día feliz en que nos riamos juntos... Adiós, adiós, que es tarde.»

El primer día de la ausencia de Urrea, la Condesa, en largo y afectuoso conciliábulo que celebró con Nazarin, según consta en documentos de indubitable autenticidad, indicó al apóstol cuán justo y humano sería darle de alta, declarándole en el pleno goce de sus facultades intelectuales. Si ella hubiera de decidirlo, no había duda, ¿pues qué prueba más clara del perfecto estado cerebral de don Nazario, que su incomparable consejo y dictamen en el asunto que Halma sometió días antes á su criterio?

A lo que respondió serenamente el peregrino que, hallándose sujeto á observación por el Superior jerárquico, sólo éste podía resolver si debía ó no ser reintegrado en sus funciones sacerdotales. Cierto que un buen informe de la señora Condesa, á quien la Iglesia confiara la custodia del supuesto demente, sería de gran peso y autoridad; pero á juicio del interesado, este informe no sería eficaz si no iba precedido de una explícita manifestación de su Superior inmediato, el cura de San Agustín. Añadió el

apóstol que su mayor gozo sería que le devolviesen las licencias para poder celebrar el Santo Sacrificio, y si se le concedía la libertad, se trasladaría sin pérdida de tiempo á Alcalá de Henares, donde sus caros feligreses, el *Sacrilego* y Ándara, sufrían el rigor de la ley. Por lo demás, su paciencia no se agotaba nunca, y esperaríá tranquilo, decidido á no disfrutar la anhelada libertad, mientras quien debía dársela no se la diera.

Con don Remigio habló también la Condesa de este asunto, no obteniendo de él más que vagas promesas de estudiarlo, sometiéndolo además al criterio facultativo de Láinez. También dió cuenta al cura y al médico de su proyectado casamiento, y no hay lengua humana que describir pueda la sorpresa, el estupor de aquellas dignísimas personas, y del vecino propietario de la Alberca. Don Remigio no paró, en todo el viaje de Pedralba á San Agustín, de hacerse cruces sobre boca, cara y pechos.

Cinco días estuvo José Antonio en Madrid, regresando en la mañana del sexto, gozoso y triunfante, pues se traía bien despachado todo el papelorio que la celebración del casamiento exigía. Contando á su prima el escándalo que en la familia produjo el notición de la boda, empezaba y no concluía. Al principio, lo tomaron á broma: convencidos al fin de que era cierto,

cayó sobre los solitarios de Pedralba una lluvia de sangrientos chistes. El menos ofensivo era éste: «Catalina se llevó á Nazarín para curarle, y él la ha vuelto á ella más loca de lo que estaba.» Hicieron Halma y Urrea lo que anunciado habían antes de la partida de éste: pasar buenos ratitos riéndose de todo aquel tumulto de Madrid, que seguramente no les causaría inquietud ni desvelo. Acertó á presentarse en aquel momento el buen don Remigio, y Urrea se fué derecho á él, y dándole un abrazo tan apretado que parecía que le ahogaba, le dijo: «Mil parabienes al inclito cura de San Agustín, por la justicia que sus superiores le hacen, concediéndole plaza proporcional á sus grandísimos talentos y eminentes virtudes.»

No comprendía don Remigio, y el otro, repitiendo el estrujón, hubo de explicárselo con toda claridad.

«Sepa que me he traído su nombramiento...

—¿Para una parroquia de Madrid?

—No ha podido ser, por no haber vacante en estos días, mi dignísimo amigo y capellán; pero el señor Prelado, con quien habló de usted un amigo mío, encareciéndole sus méritos, aseguró que irá usted á los Madriles muy pronto, y que en tanto, para que hombre tan virtuoso y sabio no esté obscurecido en ese villorrio, le nombra Ecónomo de Santa María de Alcalá.

—¡Santa María de Alcalá!—exclamó don Remigio como en éxtasis; ¡tan soberbio y apetitoso le parecía su nuevo destino!

Y un abrazo más sofocante que los anteriores, selló la amistad imperecedera entre el buen párroco de San Agustín y el insulano de Pedralba.

«¿Y qué puedo hacer yo para demostrarle mi agradecimiento, señor de Urrea, qué puede hacer este modesto cura...?»

—Ese modesto cura no tiene que hacer más que conservarnos su preciosa amistad, que en tanto estimamos. Y antes de entregar la parroquia al que viene á sustituirle, échenos las santas bendiciones.

—Ahora mismo,... digo, mañana, pasado mañana. Estoy á las órdenes de la señora doña Catalina, á quien ya no debo llamar Condesa de Halma.

—Será pasado mañana, señor don Remigio—indicó Halma.—Y otra cosa he de merecer de su benevolencia: que no me olvide al bendito Nazarín.

—Como he de ir á la Corte á ver á mi tío, allá informaré favorablemente. ¡Si salta á la vista que está en su cabal juicio! Inteligencia clara como el sol. ¿Verdad, señora?»

—Tal creo yo.

—No tengo inconveniente en darle de alta,

bajo mi responsabilidad, seguro de que el señor Obispo ha de confirmar mi dictamen, y si quiere venirse conmigo á Alcalá, me le llevo, si señor, y le daré una modesta habitación en mi modestísima casa.

—Nos alegramos de ello, y lo sentimos—afirmó la señora de Pedralba,—porque la compañía del buen don Nazario nos es gratísima sobre toda ponderación.

—Ya vendrá á vernos—dijo Urrea.—Y al señor don Remigio también le tendremos aquí alguna vez. Esto no es ya un instituto religioso ni benéfico, ni aquí hay ordenanzas ni reglamentos, ni más ley que la de una familia cristiana, que vive en su propiedad. Nosotros nos gobernamos solos, y gobernamos nuestra cara insula.

—Y así debe ser... y así no tienen ustedes quebraderos de cabeza, ni que sufrir impertinencias de vecinos intrusos, ni el mangoneo de la dirección de Beneficencia ó de la autoridad eclesiástica. Reyes de su casa, hacen el bien con libérrima voluntad, sin dar cuenta más que á Dios... ¡Si es lo que yo he dicho siempre, si es la verdad sencilla, elemental!... Ea, pasado mañana en mi parroquia, á la hora que los señores me designen.»

Concertada la hora, don Remigio montó en su jaca, y picó espuelas. El animalito debía par-

ticipar del inquieto gozo de su amo, porque en un soplo le llevó al vecino pueblo.

En la nota de un curiosísimo documento nazarista, que merece guardarse como oro en paño, se dice que el mismo día de la boda salió de San Agustín el curita manchego, caballero en la borrica del gran don Remigio. Despidióse afectuosamente de los señores de Pedralba, y de Beatriz, que lloraba como una Magdalena al verle partir, y tomando la carretera hasta la barca de Algete, pasó el Jarama, siguiendo sin descanso, al paso comedido de la pollina, hasta la nobilísima ciudad de Alcalá de Henares, donde pensaba que sería de grande utilidad su presencia.

Santander-San Quintín.—Octubre de 1895.

Fin de HALMA



